

Nymphomaniac: un tigre insaciable

BEGOÑA SILES

Universidad CEU - Cardenal Herrera de Valencia

SALVADOR TORRES

El Mundo, Comunidad Valenciana

Nymphomaniac: An insatiable tiger.

Abstract

A woman revises her life when a stranger takes her to his place after having found her badly wounded in the street. She confesses being possessed by a nymphomaniac sexuality of which she gives account of in successive episodes. The monotonous repetition of the insatiable sexuality turns into the metaphor for her life, influenced by the memory of a caring father and an extremely cold mother. The death drive or self-destructive wish confronts her with intense moral doubts.

Key words: Drive. Instinct. Pleasure. Jouisance. Nymphomania. Repetition. Guilt.

Resumen

Una mujer repasa su vida ante un extraño que la recoge en su casa, tras encontrarla malherida en la calle. Confiesa sentirse poseída por una sexualidad ninfomaniaca, de la que va dando cuenta mediante sucesivos episodios. La repetición monótona de una sexualidad insaciable se convierte en metáfora de su vida, influenciada por el recuerdo de un padre amoroso y una madre extremadamente fría. La pulsión de muerte o deseo de destrucción le plantea intensas dudas morales.

Palabras clave: Pulsión. Instinto. Placer. Goce. Ninfomanía. Repetición. Culpa.

ISSN. 1137-4802. pp. 17-28



Seligman: Todo esto es muy extraño.

Joe: Sí. Muy, muy extraño (...) No sé de dónde viene nuestra sexualidad, ni de dónde proceden este tipo de tendencias.

Quedémonos con este principio de extrañeza formulado en cierto instante de *Nymphomaniac* (Lars von Trier, 2013) para, precisamente, interrogarnos por ella, por esa extrañeza de la sexualidad ninfomaniaca, que da título al film del director danés. Para ello, nada mejor que escuchar lo que dice la mujer extrañada de su propia sexualidad, de su ninfomanía.



Joe: Normalmente, se tacha de ninfomana a una mujer insaciable, por lo que se acuesta con muchos hombres. Y es verdad, pero si debo ser sincera, lo veo precisamente como la suma de todas estas experiencias sexuales. Visto así, sólo tengo un amante.

Un amante, pues, repetido una y otra vez. Repetición que la propia ninfomana reconoce como metáfora de su vida.



Joe: Paseos repetitivos como metáfora de mi vida, monótona y sin sentido. Sí, exactamente como los movimientos de un animal enjaulado.

Repetición, monotonía, sin sentido, animalidad: he ahí expresiones recurrentes para explicar la extrañeza que la invade. Una sexualidad extraña, monótona y sin duda insaciable, por mucho que a ella le sirva de bien poco esa insaciabilidad a la hora de definir lo que es una mujer ninfomana, pero a la que recurre Jerome, el padre de su único hijo, para explicarle lo que siente hacia ella.



Jerome: Te quiero, amo tu locura, tu deseo, te amo, Joe. Pero no parece que te satisfaga tanto como me gustaría. No te enfades, seguiremos haciéndolo, para mí es

muy importante. Si compras un tigre, hay que alimentarlo, satisfacerlo, ¿verdad? Resumiendo, tengo un tigre.



Joe: ¿Soy demasiado para ti?

Jerome: No. Eres como debes ser. Pero quizá puedan ayudarme a la hora de alimentarte, sólo eso.

Joe: O sea, que debería montármelo con otros también.

Jerome: Dicho así, es cruel, pero... pero es exacto.

Si lo que estuviera en juego fuera la satisfacción, el planteamiento de Jérôme sería sin duda tan cruel, como exacto. Bastaría con incrementar la cantidad de alimento hasta que el tigre quedara satisfecho. Pero no es el caso de Joe.

Joe: Pero era adicta por deseo, no por necesidad. Pero ese deseo provocaba la destrucción allá por donde iba.

Deseo de destrucción que Freud en *Más allá del principio del placer*¹ denominó con mayor precisión pulsión de muerte; pulsión que tiene mucho que ver con ese tipo de tendencias a las que se refería Joe al hablar de su extraña sexualidad y de esa adicción ajena a la estricta necesidad.

Estamos por tanto hablando de la diferencia que existe entre instinto y pulsión. Entre instinto, en tanto necesidad que puede ser satisfecha, y pulsión, en tanto demanda subjetiva que escapa al circuito regulador de las necesidades biológicas.

¹ Sigmund FREUD, "Más allá del principio del placer", Biblioteca Nueva, *Obras completas*, Tomo 7, 1920, pp. 2507-2541.

De manera que la pulsión se fundamenta en la falta de proporción que existe con relación al instinto, la necesidad o lo que Freud entendió por principio del placer. Hablamos por tanto de algo desproporcionado, es decir, que no guarda ninguna justa proporción, que está más allá de los límites que aseguran la supervivencia.

Habitada por esa pulsión de muerte, o "deseo de destrucción", según sus propias palabras, Joe se verá arrastrada a una sexualidad desproporcionada que en todo caso le provoca dudas morales.



Joe: He usado y hecho daño a otros conscientemente para mi propia satisfacción (...) Así soy yo. Descubrí mi poder como mujer y lo usé sin preocuparme por los demás. Es totalmente inaceptable.

Tan inaceptable que le provoca un hondo pesar.

Joe: Es culpa mía. Soy un ser humano malvado.

Una maldad que le genera cierta culpa y que está asociada al poder de su sexualidad.

Centrémonos, ahora, en el poder manifiesto de esa mujer, a cuyo apetito voraz todos se rinden.

¿Cómo no rendirse ante aquello que ofrece un plus de goce?



Joe: Quizá la única diferencia con los demás era que siempre le pedía más a la puesta de sol. Colores más espectaculares cuando el sol tocaba el horizonte. Puede que sea mi único pecado.

Un pecado relacionado con la negación de todo límite y, por tanto, con la afirmación del goce más absoluto.

Tal y como señala Freud, *el sentimiento de felicidad experimentado al satisfacer una pulsión instintiva indómita, no sujeta por las riendas del yo, es incomparablemente más intenso que el que se siente al saciar un instinto dominado. Tal es la razón económica del carácter irresistible que alcanzan los impulsos perversos y quizá de la seducción que ejerce lo prohibido en general*².

² Sigmund FREUD, "El malestar en la cultura", Biblioteca Nueva, *Obras completas*, Tomo 8, p. 3027.

Negado todo límite, parece comprensible la emergencia de la omnipotencia más devastadora. Omnipotencia revelada de un modo manifiesto en la visión que tuvo durante su primer orgasmo en la niñez, en el cual se ve entre dos mujeres asociadas a la pulsión y el desenfreno en la cultura occidental.



Seligman: Esas dos mujeres son Valeria Mesalina, la esposa del emperador Claudio, la ninfómana más notoria de la historia, y la otra, montada en una bestia, era la ramera de Babilonia cabalgando a Nimrod con aspecto de toro. Versión blasfema de la transfiguración de Jesús.

Dos mujeres como la propia Joe caracterizando el poder devastador de la sexualidad femenina, allí donde ningún límite la contiene. Sexualidad que Joe descubrió a los dos años como fuente de gran sensación.

Una sensación que le llevaba a pedirle a la vida más que los demás. Una sensación ligada a la naturaleza más espectacular, más extrema. En el origen, pues, el sexo, pero un sexo que, como ella misma dice, es *caja de Pandora*, atesorando una energía que, desatada, tiende a provocar *la destrucción allá por donde iba*. Agresividad desmedida que Freud entendió como principal obstáculo contra la cultura, entendida como límite contra esa violencia que forma parte del sujeto. Agresividad pulsional que define, qué duda cabe, la ninfomanía de Joe.

Y si nada la contiene, esto es, la canaliza para que pierda su carácter destructivo, es porque algo falla en ese origen donde se localiza el poder de su sexualidad.

Joe: Quería mucho a mi padre. Era médico. Mi madre se llamaba Katherine. Mi padre la llamaba Kay. Debía ser algo así como una cabrona fría. Siempre nos daba la espalda cuando hacía solitarios. Yo odiaba los solitarios.



Joe no deja de reprochar el carácter frío y cabrón de su madre. Su insensibilidad. Conviene prestar atención a la rima que se establece entre esa insensibilidad materna y su ninfomanía.

Joe: Para mí, la ninfomanía equivale a insensibilidad.

La insensibilidad de su madre hacia ella guarda, pues, relación con la propia insensibilidad que caracteriza su ninfomanía. Diríase, por tanto, que la ninfomanía de Joe tiene mucho que ver con esa actitud fría de su madre. O dicho de otro modo, que la pulsión de Joe tiene su origen en cierta carencia materna. Incapaz esa madre de ofrecer el calor que Joe demanda, inscrita en su reproche, la niña vive con angustia el vacío que le deja esa figura materna siempre ausente.

Joe: Siempre nos daba la espalda cuando hacía solitarios. Yo odiaba los solitarios.

Los odiaba, a pesar de que ella, más adelante, utiliza ese mismo juego de los solitarios para tapar cierta angustia.



Joe: Cada vez que P iba donde Jérôme a cobrar, me paseaba de un lado a otro, inquieta, hasta que volvía a casa. Incluso busqué las tristes cartas de mi madre para matar el tiempo.

Las cartas, pues, comparecen en el preciso instante en que Joe siente algo incapaz de reprimir.

Joe: Cada noche me sentía más intranquila que la noche anterior. Saber si los celos eran el temor a compartirla o el temor a perderla no me interesaba. Pero efectivamente, ese sentimiento indigno que había reprimido durante años se colaba insidiosamente.

Ese sentimiento indigno, sin duda reprimido hasta su insensibilidad, se refiere al amor.



Me humillaba el amor



y toda la falsedad que implica.

Joe: Me humillaba el amor y toda la falsedad que implica.

¿No se localiza en esa falta de amor, motivada por su consideración de sentimiento indigno, una de las causas de la incontenible energía pulsional? Si esa figura materna, en tanto figura primordial a la hora de satisfacer las necesidades biológicas y afectivas del niño, resulta una figura ausente por fría y cabrona, la soledad y la angustia emergen como sus más lógicas consecuencias. Una soledad y una angustia inenarrables.



Joe: Me tuvieron que operar a los siete años (...) Cuando vi la sala donde estaban el médico y las enfermeras, sentí como si tuviera que pasar por una puerta impenetrable totalmente sola. No es que echara de menos a mi madre. Tampoco echaba de menos a mi padre, aunque él era el simpático. Más bien era como si estuviera sola en todo el universo. Como si todo mi cuerpo rebosara de soledad y lágrimas.

Soledad extrema, angustiosa, la de Joe, precisamente en medio de ese universo al que recordemos siempre le pedía más y que ahora comparece como un firmamento desolador emparentado con tan desmedido anhelo.

Sólo hay algo que calma a esta mujer.



Joe: Por suerte, tenía mi librito para reconfortarme. Cuando necesitaba consuelo y paz, sacaba el herbario para mirar mis hojas favoritas, el fresno, el álamo temblor y el tilo.

Hablamos de aquello que guarda estrecha relación con la figura del padre. Con su naturaleza amable. La naturaleza amable del padre (definido como un ser simpático) y la naturaleza, igualmente acogedora, de la que habla. De manera que frente a la naturaleza fría y cabrona de la madre se yergue la naturaleza reconfortante del padre. De forma que la ausencia materna, fuente de angustia, es sustituida por la presencia paterna, fuente de consuelo. Pero en cualquiera de los casos, nada que pueda contener la pulsión de esa hija.

Una hija cuya naturaleza rebelde nada tiene que ver con esa otra naturaleza reconfortante del padre. Su naturaleza va más allá, precisamente hacia el lugar donde esa naturaleza muestra todo su poderío.



Joe: B y yo no tardamos en fundar un club, al que llamamos 'El pequeño rebaño. [Entonan el 'Mea vulva, mea máxima vulva']

Seligman: Muy interesante: blasfemo, satánico.

Joe: Era una rebelión.

Seligman: Dicen que se rebelaban, ¿contra qué?

Joe: El amor. Habíamos decidido luchar contra una sociedad obsesionada con el amor.

Ese desprecio al amor, en tanto pantalla imaginaria donde se representan el cúmulo de falsedades que tanto humillaban a Joe, tiene su

correlato en la localización de cierta verdad en la sexualidad misma. Una sexualidad “blasfema, satánica” que se quiere libre de toda culpa.

Joe: Por cada cien crímenes cometidos en nombre del amor, sólo uno se comete en nombre del sexo.

La vulva sustituyendo en la entonación católica a la culpa, en tanto ligada al amor y sus falsos procedimientos.

Frente a la falsedad que representa el amor, humillante y cobarde, la sexualidad libre de ataduras (*No podíamos hacerlo dos veces con el mismo hombre*) se presenta como el lugar de la verdad por antonomasia. Pero una verdad, después de todo, ligada a su vez a la más angustiada de las experiencias.



Joe: A pesar de mi éxito organizando la complicada logística requerida para concertar hasta diez satisfacciones sexuales diarias, además de trabajar ocho horas, todavía era propensa a ataques de tristeza.

Tristeza asociada a la suma de hombres con los que se acuesta y cuya desmedida sexualidad termina revelando cierto foco de angustia imposible de acallar.

Joe: Es curioso, cuando pienso en toda mi vida, sólo puedo decir que me sentía bastante bien. Pero si intento recordar un momento específico entonces diría que me sentía bastante mal.

Ese malestar asociado a cierto momento específico, a cierto acto singular frente a la más abstracta infinidad de instantes, es una de las caracterizaciones de la pulsión en su carencia de límites. Allí donde la energía se expande incontenible provoca sensaciones encontradas de inmenso goce y de no menor angustia. De ahí que la demanda de un plus de vida (*siempre le pedía más a la puesta de sol*), sin limitación alguna, contenga cierta agresividad imposible de saciar. Y, con ella, la angustia derivada de su incontenible demanda.

El goce de Joe tiene como condición el despliegue de una pulsión indiferenciada, de ahí que los hombres con los que se acuesta sean objetos intercambiables. Y de ahí también que la angustia comparezca cuando el deseo intenta hacer acto de presencia. Porque el drama de Joe es ese: su notable capacidad sexual y su incapacidad para desear a nadie en concreto.

Jesús González Requena, en una muy precisa lectura de Freud, establece una distinción que creemos, llegados a este punto, muy oportuna entre deseo y pulsión: *si la represión de la pulsión es la condición de la civilización no por ello el concepto de represión debe ser concebido como antagónico con el de deseo. Por el contrario: la represión no es lo opuesto al deseo sino su condición; es la represión de la pulsión lo que determina la configuración del deseo*³.

³ Jesús GONZÁLEZ REQUENA, *Amor loco en el jardín. La diosa que habita el cine de Buñuel*, Abada Editores, Madrid, 2008, p. 54.

Joe en tanto no diferencia del conjunto de amantes, llevada por su pulsión, alcanza sucesivos orgasmos, pero se muestra impotente cuando el deseo la compromete. Impotencia que desata paradójicamente una violencia sadomasoquista. Incapaz de transformar esa pulsión indiscriminada en deseo singular y, por tanto, diferenciado de la masa caótica de energía que representa la pulsión, Joe se verá a merced de una violencia que considera inaceptable, por cuanto al tiempo que la ejerce sobre otros igualmente la padece.

De ahí que la pulsión tenga rasgos tanto sádicos como masoquistas. Joe utiliza el poder que tiene como mujer para servirse de los hombres con el objeto de dar rienda suelta a su violencia.

*En el sadismo –dice Freud– aun en la más ciega furia destructiva, no se puede dejar de reconocer que su satisfacción se acompaña de extraordinario placer narcisista, pues ofrece al yo la realización de sus más arcaicos deseos de omnipotencia*⁴.

⁴ Sigmund FREUD, op. cit, p. 3052.

Omnipotencia que ejerce contra sí misma cuando esa violencia no halla salida exterior, como sucede en los casos en que Joe interrumpe su cascada de relaciones sexuales. Sadismo, entonces, y masoquismo que se entrelazan a la hora de conformar la pulsión ninfomaniaca de Joe.





Seligman: Al principio me ha dicho que su único pecado era pedirle más a la puesta de sol. En el sentido, supongo, de que quería más de la vida. Era un ser humano exigiendo sus derechos. Más aún, era una mujer exigiendo sus derechos.”

Joe: ¿Y eso me exime de todo?

La interrogante de Joe no encuentra más respuesta por parte de los hombres que la afirmativa. Afirman su pulsión, convencidos de que la autenticidad de la vida está ahí, en esa sexualidad omnipotente, insaciable, reveladora de un estadio superior de vida, ajena al sentimentalismo del cicatero amor.

Joe: El sentimentalismo es... lo aborrezco

Seligman: ¿Por qué?

Joe: Porque es mentira.

Sabemos, porque se lo decía su amiga, que el secreto del sexo era el amor. O lo que es lo mismo, que el secreto para contener esa pulsión sexual estaba del lado del amor. Pero sabemos que ese amor, por falso e hipócrita, era aquello contra lo que Joe se revelaba.

Ahí tenemos representado el bucle pulsional del que Joe no puede salir. Le demanda todo a la vida, esa demanda le lleva a sentirse culpable por ello solicitando cierto límite a su pulsión, pero al tiempo que lo solicita lo deniega.

¿Se entiende ahora por qué ese tigre es insaciable? Si fuera un tigre su propio instinto natural le llevaría a colmar su necesidad. Pero Joe, a tenor de todo cuanto se ha venido mostrando, está habitada por una pulsión que no encuentra freno.



Joe: Entonces entendí que no tenía cabida en la sociedad. Y que la sociedad no tenía cabida en mí.

Sin límites que contengan esa violencia inabarcable, Joe se convierte en la manifestación de ese arcaico deseo de omnipotencia. Tan arcaico que termina fundido con la más fría y oscura de las noches.

